

*Al cumplir los veinte años*

Tres años después de haber sonado en el Teatro de la Comedia la auténtica voz de España, representada en las palabras de José Antonio, justamente tres años y unos días después, ese mismo José Antonio, que antes con sus palabras había hecho sonar la voz de España, ahora otorgaba su testamento «condenado a muerte», «por no haberse nos abierto,—dice—una brecha de sana atención entre la saña de un lado y la antipatía de otro», lo que hizo, que a su testamento imprimiera José Antonio ese dolor, que le producía, no su sacrificio, pues esperaba sereno la muerte y ofrendaba gustoso su vida con el deseo de que su sangre fuera la última que en España se derramara, sino ese dolor de verse incomprendido, de saber que su doctrina no había sido bien interpretada por la mayoría de los españoles.

Diecisiete años más tarde de haber escrito José Antonio esa página, última de su vida, aún hay sectores en los que no se ha abierto esa «brecha de serena atención» y se hace preciso escribir, no un testamento, ni siquiera una «papeleta de defunción» que es lo que esperaban muchos,—como dijo en Chamartín Fernández Cuesta,—que o no comprenden a la Falange o la comprenden demasiado bien; se ha hecho preciso escribir la página más memorable de la historia de la Falange, y se ha escrito no con letra muerta, sino con sentimientos vivos, con el calor y entusiasmo de los doscientos mil falangistas concentrados en Chamartín.

Cada etapa de la Historia de España en estos últimos lustros, va precedida de una página memorable de la historia de la Falange, como hito que

señala el comienzo de una nueva etapa, por lo tanto esta página reciente de nuestra historia falangista, señala también otra nueva etapa, que se abre en la Historia de España, etapa de la comprensión, que comienza con un horizonte despejado en el que se ve claro el ancho campo que tiene la Falange para ejercitarse en la consecución de su fin como «unidad de destino en lo universal»; ahora que se ve claro que la misión universal de España es defender la civilización cristiana.

Esta página de nuestra historia, que es el principio de una nueva etapa en la Historia de España, es también la final de otro capítulo, que se llama Primer Congreso Nacional de la Falange, pues en Chamartín nos concentramos, además, para refrendar las veintitrés conclusiones de ese magno Congreso.

La doctrina de la Falange, condensada en los puntos programáticos, inalterable en lo fundamental, «puede ser en lo accidental, sometida a todas las revisiones que la vida exige»—como ha dicho repetidas veces Fernández Cuesta, y como se ha hecho en este Primer Congreso Nacional; cuyas veintitrés conclusiones no son otros tantos puntos, que se hallan de agregar a los fundacionales, sino unas actitudes falangistas frente a los actuales problemas de España, encaminadas a conseguir en este momento las viejas aspiraciones de la Falange, de hacer una Patria digna y respetada, llevar a todos los hogares el pan y la justicia, consiguiendo así una renovación total de la vida de todos los españoles.

Este es el significado que tiene la nueva página que a los veinte años ha escrito la Falange en Chamartín, entre gritos de entusiasmo, aclamando al Jefe Nacional. ¡¡Arriba España!!

*La Falange*

ofrece a todos permanentemente la paz y la guerra.

La paz, para servir y engrandecer a España; la guerra, a quienes consciente o inconscientemente hacen el juego al extranjero, intentando sembrar el descontento y minar la moral y el esfuerzo de España en el logro de su recuperación y de su prosperidad.

(Franco, en Chamartín)

*Nuestro Movimiento*

no lo entendemos como coto cerrado en unos cuantos, sino lo suficientemente ancho para que no quede fuera de él ningún sector valioso, y lo suficientemente aséptico para resistir todos los contagios, y que si a veces tiene que adoptar un tono polémico y defensivo, opuesto a sus propósitos de integración, es obligado por las actitudes de los demás, que si no despreciamos y dejamos sin respuesta, es para que no quede flotando la duda de si nuestro silencio es motivado por la verdad de sus argumentos o por pobreza de dialéctica.

(FERNÁNDEZ CUESTA, EN CHAMARTÍN)